

“Operaciones de extracción y exorcismo presentes en el tratamiento tradicional de toxicomanías. El malestar que encubre el adicto”

Rossella Baronti y Patricio Moraga. (*)

Presentación.

La síntesis que en adelante expondremos contiene una serie acotada de aspectos que atraviesan de manera principal nuestra tesis.

Esto se traduce en un breve escrito en que presentamos algunas apreciaciones relativas al marco teórico que orientó la investigación y algunas reflexiones que la producción de esta incitó en nosotros.

No nos interesaba realizar un estudio más acerca de cómo se distribuía el consumo de drogas en poblaciones (los estudios y textos que circulan respecto del tema se ocupan de esto de manera casi exclusiva), por lo mismo optamos por un estudio exploratorio que permitiera escarbar en posibles motivaciones que indujesen a consumir drogas, y también indagar respecto de la óptica mediante la cual se comprende el problema de las toxicomanías, a partir de lo cual se ha sustentado una determinada praxis médica tradicional como recurso terapéutico privilegiado con el cual se interviene esta afección.

Lo descubierto a través de nuestro trabajo no corrobora alguna hipótesis, sino sólo puede ser comprendido como primer piso para posteriores investigaciones. Es decir, algo así como una serie de téngase presente.

(*) Correspondiente a la Tesis, del mismo nombre, conducente al grado de licenciado en Psicología y al Título de Psicólogo, 1999. Dirigido por el profesor. Juan José Soca.

Por qué este es un problema.

Se presenta llamativo el tema de las toxicomanías, porque no se trataría de una patología de rasgos típicos debido a que en su constitución presenta un aspecto paradójico, ya que el paciente busca aquello que precisamente produciría la afección; el tóxico.

En el plano terapéutico tradicional no deja de ser un recurso habitual el uso de fármacos, lo cual incitaba indagar los criterios que permitirían distinguir a los aparatos médicos tóxicos buenos (remedios) de tóxicos malos (drogas).

Lo anterior acontece en un contexto en que predomina el supuesto de que el adicto busca drogas para satisfacer necesidades fisiológicas que se encuentran deficitadas en su propia estructura orgánica (discurso médico-científico y en buena medida como entiende el problema el sentido común).

De comienzo al menos nos parecía que tanto el enfoque descrito y sobre todo que se ocupen fármacos bien podrían llamar a confusión a los propios pacientes de modo que terminen siendo factores disonantes e ineficientes en el proceso terapéutico. Además, tal perspectiva dominante, claro efecto del discurso biologicista-mecanicista, que al descansar en los aposentos de la ciencia positiva, bien podría estar omitiendo (no necesariamente de manera consciente) factores que para el caso condicionen la emergencia de las toxicomanías.

En síntesis, los estudios relativos al tema tienden a analizar el fenómeno ceñido a estadísticas centradas en cómo se distribuye el fenómeno poblacionalmente. También refieren a un fenómeno causado por la dinámica del tóxico o por dinámicas propias del organismo.

Para dar cuenta de lo que motivaba en nosotros un acercamiento al tema pensamos que era oportuno recurrir a algún constructo teórico que otorgara más que un mero reflejo de lo que arrojan las manifestaciones conductuales del problema y las distribuciones masivas de datos relativas al fenómeno. Para dar cuenta de aquello que incitaba la investigación había que dotarse de un aparato teórico capaz de sondear en factores invisibles. O sea, una construcción teórica que permitiera explorar la pregunta que pregunta por aquello que funda el encuentro con las drogas, y que también posibilitara indagar en torno a los lineamientos a los cuales obedece la óptica y la operatoria terapéutica tradicional relativa al fenómeno.

Marco teórico

De manera inicial presentamos aspectos generales del marco teórico, centrándonos en algunos puntos que a nuestro juicio resultaron principales para

comprender posteriormente la dinámica psicológica que podría explicar lo que acontece propiamente en las toxicomanías.

- a.- Cómo acontece que el toxicómano se constituye como tal.
- b.- En qué se funda una operatoria terapéutica (medico-tradicional) cerrando el paso a otras fórmulas al menos en niveles oficiales.
- C.- Por qué se produce un cierto centramiento en el poder de los tóxicos y/o en la condición neuro-química del afectado. Al respecto ¿qué lleva a tratar esta afección en márgenes neuroquímicos?.

DESARROLLO

- 1.- Habría una relación posible de establecer entre el malestar en la cultura a la que hace referencia Freud con la emergencia de las toxicomanías. El nexo se establece en tanto la propia constitución psíquica subjetiva induce paradójicamente a producir instituciones que lejos de favorecer la libertad y la felicidad tienden a constreñir las pulsiones. Freud refiere con esto al costo que implica la conformación cultural. «Entre el desideratum cultural y la singularidad del deseo y el goce, más de una libra de carne queda en el camino»¹. El cambio de la libertad por la seguridad y el orden han terminado por hacer infeliz al hombre.

El malestar que produce lo antes descrito ha inducido a buscar anestésicos o excitantes que permitan reducir el displacer. Con eso ya nos sentimos felices. «La droga como quitapenas, constituye entonces un esfuerzo por desembarazarse del sufrimiento, pero en sí misma no es necesariamente la causa del malestar en la civilización»².

No obstante, lo extraño consistiría en que en nuestra época el fenómeno relativo al consumo de drogas estaría excediendo los márgenes históricos. Esto incita a pensar en la posible presencia de algún fenómeno novedoso acontecido en el pasado remoto o cercano que favorezca la extensión y la intensidad en el consumo de lenitivos para soportar la existencia.

Parece relevante recordar que una característica central relativa al uso de lenitivos respondiese en medida importante a prácticas colectivo-rituales. Un rasgo con que se puede identificar entonces el uso de drogas en otras épocas apunta a una cierta mantención del vínculo con un otro social. Esto puede resultar determinante a la hora de analizar lo que caracteriza el consumo en el mundo contemporáneo, pues al parecer se busca precisamente lo opuesto al pasado, vale decir, expresa indicios de ruptura de lazos. Búqueda de goce des-ligado de un otro.

1 Gerez-Ambertin Marta. (1995) «Las voces del super-yo. En la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura». Buenos Aires. Manantial. pág. 125.

2 Tendlarz Silvia. (1990) «Las paradojas de la felicidad. Tomo II. Buenos Aires. Atuel-Tya pág. 77.

Por tanto, lo novedoso no se hallaría en hipotéticas propiedades especiales de los tóxicos modernos, sino que en el modo de vincularse con estos lo que de alguna manera revela del sujeto moderno un peculiar modo para alcanzar placer.

El cambio entonces no se habría producido a nivel del objeto-droga, sino que en el modo y, tal vez si el fondo para el cual se ocupan. Siguiendo esta lógica se podría leer en el acto del toxicómano no más que un gesto extremo, pero característico del modo mediante el cual el 'sujeto moderno normal' se vincula con el mundo. Esto tendría como fondo cierto paulatino des-encanto que vendría sufriendo en todas las franjas de la existencia la civilización occidental. Desencanto fruto de cierta concepción del mundo que supone des-ligado al sujeto de las cosas, de la naturaleza.

Morris Berman plantea que esta visión del mundo es efecto del cienticismo que se torna dominante en la modernidad. Posición que supone un tratamiento de las cosas como objetos cuya existencia se mide, se cuantifica, pero no se pregunta por el sentido de la existencia de los objetos con que el sujeto se relaciona.

«La conciencia científica es una conciencia alienada: no hay una asociación ectásica con la naturaleza, más bien hay una total separación y distanciamiento de ella»³. De este modo la civilización habría evolucionado desde la pregunta por el sentido a la mera pregunta por cómo funcionan las cosas, para que sirvan.

No obstante, sería un exceso acusar a este estado de cosas social-histórico como la causa para que haya aumentado en intensidad y extensión el consumo de drogas. Empero, se podría hipotetizar que el distanciamiento afectivo que supone la óptica moderna del mundo potencia el sinsentido existencial, lo que incidiría en buscar en tóxicos el placer que no se alcanza en estado 'natural'. «...un gran retraimiento hacia la evasión que ofrecen las drogas, la televisión y los tranquilizantes... Una época que tiene por norma la depresión es en verdad una época oscura y triste...»⁴. Sin que haya que coincidir plenamente con Berman pensamos que es posible incorporar los efectos que señala de aquella visión de mundo como un factor para bosquejar una explicación posible para el consumo de drogas en nuestra época.

Ahora bien, la posición científicista señalada se caracteriza por plantear de que toda realidad es, por una parte, descriptible en términos de materia y movimiento, y, por otra parte, plantear que los fenómenos del mundo permanecen igual ya sea que estemos presentes para observarlos o no, o sea, la subjetividad no altera lo real. Un efecto que se ha connotado como deri-

3 Berman Morris. (1992) «El Reencantamiento del Mundo». Santiago de Chile. Cuatro Vientos. pág. 16.

4 Berman Morris. op. cit. pág. 17.

vado de este enfoque es que ha nutrido una relación de dominación respecto de la naturaleza y hacia el hombre mismo.

El fondo de la visión epistemológica cienticista reduce y remite toda explicación acerca del mundo a una cierta base material-sensible. Sólo desde allí es posible explicarse todo fenómeno. Ahora se ha coincidido en que estos rasgos del cienticismo moderno no se limitaron a pasar como un planteamiento para hacer ciencia, sino que ha sido una visión de mundo, vale decir una manera de comprender el todo social. Y esto en uno de sus aspectos sustantivos supone potenciar una cierta desligazón afectiva frente a las cosas, la naturaleza, el otro humano, etc.

Esta interpretación por ahora contribuye a una comprensión del fenómeno social-existencial de la vida moderna. Vale decir, permite por el momento sólo conjeturar -no más que eso-, que dada una óptica dominante en nuestra época, añadido a lo que esta supone, el hombre moderno habría hallado un modo privilegiado de alivio al malestar en la ingesta de drogas.

Pues bien, en tanto aquella visión se ha extendido a todos los planos del ser, también las toxicomanías, encuentran un fundamento en el terreno pródigo en explicaciones que ofrecen las ciencias, en este caso, la neurología opera como asiento que permite comprender cómo y por qué se produce cierta dependencia de tóxicos. «Las neurociencias se han ido adentrando en el conocimiento de cómo el cerebro elabora las emociones y el placer (esto) ha permitido la posibilidad de evocar, interferir o cancelar las emociones tras actuar física o químicamente a través de las áreas y circuitos del cerebro que participan en su elaboración»⁵.

Lo que moviliza al hombre es buscar el placer y esto lo ofrecen de manera privilegiada las drogas. Por tanto, la búsqueda de sustancias tóxicas obedecería a cierta inclinación natural o innata en el hombre «... la drogadicción, es decir, el refuerzo producidos por las drogas, bien pudiera obedecer a la búsqueda innata en el hombre o en el animal de nuevas sensaciones que rompan el marco habitual diario en que desarrolla su existencia»⁶.

Como se observa el sustrato biológico que constituye al ser humano es aquello que incita la búsqueda de sustancias, no son relevantes para tal efecto ni factores psíquicos ni sociales. Se comprende a la subjetividad como a una entidad gobernada por partículas químicas, por ende las toxicomanías se producen obedeciendo a la misma lógica.

De tal modo en la medida que un organismo se encuentre en 'condiciones adecuadas' sería presa de los tóxicos. El sujeto-organismo en su 'pasividad'

5 Mora Teruel Francisco.(1996) «Drogas y Placer». Santiago de Chile. Revista Conace. pág. 14.

6 Mora Teruel F. op. cit. pág. 18.

se rige por un proceso interno-externo de índole neuroquímica. De tal manera las drogas han contribuido a representar un modelo toxicológico del psiquismo. «... (Él) razonamiento siguiente ha pasado por ser una deducción rigurosa y científica: puesto que ciertas perturbaciones mentales son producidas por las drogas, todas las perturbaciones mentales son ocasionadas por venenos del espíritu»⁷.

Se ha gestado de este modo una concepción que comprende a las locuras como el efecto de alguna autointoxicación «... las diversas patologías representarían una suerte de intoxicación interna del aparato, por ende calificadas como endógenas,... ¿se podría pensar entonces que las toxicomanías ‘verdaderas’ son las locuras!»⁸. En oposición las toxicomanías vendrían a ser artificiales o provocadas. La frontera entre lo interno y lo externo se desliza articulándose un proceso en que tanto lo uno como lo otro se rigen por lo químico. Es la química la que sufre descompensaciones que generan anomalías dado que acontecen intoxicaciones internas y/o externas.

De tal manera queda establecido de acuerdo a este discurso que son los tóxicos los que producen las toxicomanías, lo que a su vez empuja la noción terapéutica que habla de expulsar al cuerpo nocivo. Dado que las toxicomanías ocurren como evento ceñido a lo neurológico, entonces aquellas son objeto de estudio y espacio a intervenir por la praxis médico-psiquiátrica. Las toxicomanías quedan en resguardo de quienes manejan la tangibilidad de las operatorias y circuitos neuroquímicos «... en nombre de la droga tiene lugar la supeditación de las toxicomanías al discurso médico»⁹.

En la medida que se sostenga que las propiedades intrínsecas del objeto-droga son las que desatan las toxicomanías, se descentra la mirada respecto de un sujeto posible tras del acto toxicómano. «...Plantear el problema como referido al ser viviente es borrar la problemática del sujeto, en su relación con el objeto-droga. Con esto queremos decir que sé evacúa la textura peculiar que relaciona al sujeto con la droga»¹⁰. Al sujeto se le concibe como pasivo en tanto sus procesos se ven presididos por una lógica que no le pertenece, esto es, la de las partículas químicas que lo constituyen y condiciona.

La concepción biológica de las toxicomanías revela que el discurso médico no percibe que precisamente aquella reducción a la cual se constriñe la dinámica del fenómeno facilita que el paciente afectado sitúe la problemá-

7 Le Poulichet Silvie.(1995) «Toxicomanía y Psicoanálisis. Las narcosis del deseo». Buenos Aires. Amorrortu. pág. 30.

8 Le Poulichet Silvie. op. cit. pág. 31.

9 Vera Ocampo E. (1991) «Droga, Psicoanálisis y Toxicomanía. Las huellas de un encuentro». Buenos Aires. Paídos. pág. 44.

10 Vera Ocampo E. op. cit.. pág. 45.

tica en un terreno foráneo, lejano a sus alcances. «Lo que el médico no puede captar cuando reduce la toxicomanía a sus fundamentos biológicos es precisamente que de lo que está enfermo el toxicómano es de ‘biologizar’ el vínculo que lo une con su objeto»¹¹.

De tal modo médico y paciente comparten ‘una visión común’ al localizar el origen y reducto último del problema en los tóxicos. El paciente viene a plantear que existe un objeto único que le causa placer y el médico refuerza esa óptica al plantear que ese objeto le daña.

El toxicómano devela en su praxis no estar mediado por el lenguaje, pues opera como si para él sí existiese un objeto exclusivo y preordenado que le causa placer. Al reducir su acción a los márgenes de lo necesario niega carecer de objeto de placer adecuado para el goce, vale decir, deniega justamente aquello que peculiariza al individuo humano, esto es, que no existe objeto que satisfaga plenamente el goce, astuto resquicio del psiquismo mediante el cual evita confrontarse con la carencia estructural.

Para el toxicómano la droga, un objeto de placer, se instala como objeto necesario. De tal manera que aparece irresponsable de lo que le pasa, pues no puede desobedecer los quicios del registro necesario. Sujeto sin carencia, o más bien, que no puede afrontar la condición que rige la existencia en tanto ser humano atravesado por el lenguaje. «Así es como el objeto-droga se convierte... en la fuente exclusiva del placer, es decir, lo que no puede faltar sin confrontar al sujeto con lo absoluto de la carencia»¹².

De tal modo en la medida que respecto de las toxicomanías se centra la atención en el ingreso y egreso de sustancias tanto el toxicómano cuanto los dispositivos de salud se organizan en dirección de arrancar el objeto dañino y/o sustituyendo el objeto de manera que los déficits del aparato se compensen. «Según este modelo, es entonces bajo la forma de prótesis o de eliminación como se abordan las más de las veces una ‘terapia’ de toxicómano»¹³.

Hacia el sujeto

a.- Sin embargo, si bien, los esfuerzos terapéuticos se concentran en desintoxicar y en mantener a distancia el objeto, lo paradójico reside en que la distancia respecto del objeto que se promueve como vía regia para la sanación suscita el deseo de aquel, ya que se le sitúa como fuente indispensable de satisfacción. Es decir, la ausencia obligada del objeto-tóxico refuerza cierta relación imaginaria en torno de aquel como fuente necesaria de placer y como entidad omnipotente.

11 Vera Ocampo E. op. cit., pág. 46.

12 Vera Ocampo E. op. cit., pág. 49.

13 Le Poulichet Silvie. op. cit. pág. 50.

En consecuencia, ni presencia ni ausencia hacen declinar la demanda de ingerir un objeto que no admite sustitutos. Esto porque la 'ausencia real' no diluye el poder imaginario que se le delega. Lo paradójico reside en que tampoco la presencia constante del tóxico satisface a plenitud a quien deposita en sus 'exclusivos efectos' la posibilidad de alcanzar el placer pleno

- b.- Al parecer aquel permanente acto de frustración, o sea, no hallar lo que se busca en aquello que lo promete (goce pleno) mueve a que nos preguntemos ¿qué se desea en aquello que permanentemente frustra, pues pese a obtenerlo no deja de demandarse?.
- c.- Pensamos que lo planteado deja el problema al menos situado en una región que permite al menos acercarse a una comprensión al fenómeno de las toxicomanías, entendidas en tanto 'extraña patología', que como señalábamos al comienzo, el mismo afectado buscaría o al menos potenciaría.

1.- Pese a las escasas referencias que Freud aporta para comprender el fenómeno toxicómano nos resulta elucidante lo que plantea.

- a.- Freud plantea a la masturbación como el modelo que constituye y permite explicar las toxicomanías. «He llegado a creer, que la masturbación era la única gran costumbre, la necesidad primitiva, y que los demás apetitos, como la necesidad de alcohol, de morfina, de tabaco, no son más que sus sustitutos, productos de reemplazo»¹⁴.
- b.- Habría entonces una relación sustantiva entre toxicomanías y emergencia de la sexualidad, que es también el resorte inicial de la emergencia del sujeto.

De acuerdo con Laplanche la sexualidad se hace presente como pulsión detectable, o sea, aislada, sólo cuando la función vital primaria (que refiere a los vínculos del orden de la necesidad con la madre) se desprende de su objeto natural (es decir, la madre); o, dicho de otro modo, pierde el nexo originario con la madre. Lo que se pierde es a la madre entidad que representa aquello que permite no conectarse -o más bien conectarse de modo paulatino- con el mundo externo. Hasta antes de esa pérdida el nexo con la madre se puede entender como vínculo necesario para el goce. Relación que no es propiamente relación en la medida que 'la experiencia del infante' parece ser un 'tipo de experiencia' que lo liga con este objeto-madre como con algo que fuera parte de su sí mismo.

Entonces la sexualidad emerge a instancias de un repliegue sobre sí, situación en que el objeto se sustituye por un fantasma. «En cuanto a la sexualidad, el momento constitutivo es el reflejo, momento de repliegue sobre sí, autoerotismo, momento en que el objeto ha sido sustituido por un fantasma, por un objeto que se refleja en el sujeto»¹⁵.

14 Freud Sigmund. (1989) «Cartas a Fliess, 22 de Diciembre de 1897». O.C. vol.XXII. Buenos Aires. Amorrortu. pág 56.

15 Vera Ocampo E. op. cit., pág. 53.

De tal manera la sexualidad tiene lugar como efecto de aquella pérdida, entendida como pérdida de un objeto necesario. Pérdida a la que se responde a través de replegarse sobre sí mismo mediante un acto autoerótico que es lo que viene a representar la masturbación.

- c.- El repliegue referido expresa también la negativa a la pérdida de una condición en la cual lo externo aún no se reconoce. El repliegue tiene entonces como uno de sus efectos sustituir el objeto perdido por un fantasma, por una re-presentación. Situación que implica por su naturaleza el inicio de la salida al mundo externo. Reconocer la existencia de lo externo es posible mediante la producción de metáforas que significan lo que aparece, lo cual viene a testimoniar que la situación anterior ya no es posible de sostener. Reconocer lo externo, los objetos supone producir una frontera entre lo propio y lo otro. Esto implica producir una subjetividad confrontada a los objetos.

El fracaso del repliegue trae como consecuencia el momento inaugural de la subjetividad. Acto autoerótico que pretende negar la pérdida de cierta condición y que da lugar a la aceptación del mundo a través de la producción de significantes lo que supone asumir necesariamente la condición de sujeto, lo que dicho de otro modo es aceptar que hay objetos. En consecuencia, la emergencia de la subjetividad es posible de explicarse como el efecto de aceptar la pérdida de un cierto estado psíquico que relaciona originalmente al infante con la madre bajo el supuesto de un vínculo vital primario.

- d.- Entonces la masturbación infantil no consiste en una mera manipulación de órgano. Lo relevante de este evento reside en que es tiempo inaugural, pues se asocia al surgimiento de la sexualidad, y, también, es tiempo del reconocimiento de sí mismo y de lo otro (objetos), además, de situar al objeto necesario como objeto perdido.
- e.- Ahora bien, no deja de aparecer extraño que el objeto-droga represente el sustituto de una actividad autoerótica. Paradójico pues la masturbación como acto revelaría no necesitar de objetos externos y los tóxicos corresponderían al universo de aquellos objetos.

Al respecto, hay que recordar que la pulsión en sus orígenes tiene su objeto fuera de sí -en el seno de la madre-, o sea, en 'lo externo' (seno que, no olvidemos, se percibe como algo interno), y, que sólo después, tal 'objeto' se pierde. Precisamente se puede hablar de pérdida en tanto el infante percibe como parte de sí al seno materno. Por ende, como norma general, señala Freud, cuando se pierde el objeto, la pulsión se vuelve autoerótica.

- f.- Lo anterior -la pérdida- acontece en la medida que la madre aparece como deseante de un otro para el sujeto en ciernes. La emergencia de una madre deseante representa el momento de ruptura del infante con los objetos como nexos presididos por cierta necesidad vital primaria que domina los vínculos de aquel hasta ese momento. «La madre, se vuelve entonces poderosa, y por consiguiente real; ya que de ella dependerá para el niño... el acceso a los objetos que hasta entonces eran meramente objetos de satisfacción; de parte de ese

poder se convertirán en objetos de don, y en tanto tales... susceptibles de entrar en una connotación presencia-ausencia que depende siempre de ese objeto real, de ese poder que es el poder maternal»¹⁶.

Esta operación mediada por la asunción de la madre como deseante representa la aceptación del infante de que pese a la ausencia los objetos se hacen presentes mediante la sustitución metafórica que permite el lenguaje, es decir, la constitución de los objetos en el plano significante, en el plano simbólico. Aceptar esto es iniciar el proceso de constitución subjetiva.

La constitución deseante de la madre, gatilla la constitución de un sujeto, en tanto este habrá de procurarse los objetos bajo el supuesto de que aquellos no siempre se obtendrán. Por ende, ser deseante, -que es lo mismo que iniciarse en el camino de constitución subjetiva- supone aceptar la ausencia, la falta, dicho de otro modo, simbolizar la pérdida.

2.- El autoerotismo entonces implica la negativa a renunciar al objeto necesario -de paso negativa a constituirse como sujeto- en tanto no se acepta la falta. No obstante, pese a la negativa, la fisura que supone ser-en-falta se intenta obturar mediante el fantasma significante, vale decir, elementos de reemplazo -los múltiples objetos, que sustituyen, pero que ninguno cierra de modo definitivo aquella grieta.

Esto viene a indicar que el ser humano no posee algún objeto que satisfaga plenamente su deseo. «Cuando un animal siente hambre busca directamente el objeto de su satisfacción. En el ser humano este fenómeno pasa por el proceso de la asistencia ajena, lo cual coloca al humano en un estado de indefensión radical ante el mundo... y el mundo (para este) es un ordenamiento por la palabra... el sujeto está atravesado por los discursos...»¹⁷. El ser humano va tras el placer mediado por el lenguaje mecanismo que, dada su indefensión radical, hubo de ocupar para llamar la atención de un otro, de modo que éste le asistiese permitiéndole acceder a los objetos.

Pero el mundo de los objetos no tiene significados predeterminados, por ende, en el origen de la cultura hubo que inventarlos y a las generaciones posteriores sujetarse a las significaciones establecidas. A esto refiere que el mundo tratándose del ser humano es un ordenamiento por la palabra, de tal manera que el sujeto nace a la existencia atravesado por discursos.

La pérdida del objeto necesario para el goce implica que necesariamente se generen productos de reemplazo (el mundo de los objetos). Sustitución atravesada por el lenguaje como elemento que constituye y ordena el mundo. Atravesamiento significante, mediante el cual se va tras los objetos que

16 Lacan Jacques. (1991) «Seminario sobre la relación de objeto». Buenos Aires. Paidós. pág. 61.

17 Pereña Francisco. (1995) «Formación discursiva, semántica y psicoanálisis». Madrid. Editorial Síntesis Psicológica. pág. 465.

causan placer, pero que ninguno plenifica, ninguno necesario, porque remedos del objeto perdido.

Lo referido explica entonces que la aceptación de la pérdida es también momento constitutivo de los objetos como 'objetos externos'. Es decir, los objetos son tales, en tanto se perdió el objeto necesario de goce. Los objetos son posibles en tanto ninguno necesario ni universalmente dirigido al goce. Por tanto, el mundo para el ser humano es un conjunto de meras re-presentaciones, dado que el objeto necesario se ha perdido.

3.- Lo señalado sustenta lo que dice el psicoanálisis en torno al re-encuentro con el objeto necesario que los afectados por drogas encubren, tras el acto que los vincula con los tóxicos, como objetos ineludibles para alcanzar el goce.

Esto supone un retorno ilusorio a cierta relación primaria con los objetos, como objetos de pura necesidad. «Si el reencuentro del objeto es sólo una ilusión, se debe a la imposibilidad de reencontrar esta relación inicial con un objeto de necesidad perdido y ya derivado, metonimizado»¹⁸.

Si se observa el tipo de relación que establece el toxicómano con la droga, éste pareciera indicar -dado el tono del vínculo-, cierta necesidad vital con aquel objeto, como que si hubiese hallado el objeto de satisfacción al que hacíamos reciente alusión, un objeto de necesidad, que no podría faltarle en el plano vital.

El toxicómano aparece como no mediado por la marca fundante del lenguaje, que condiciona a sólo representar los objetos, no siendo ningún objeto necesario para el goce. «Al hacerlo expresa la negación de la pérdida, remitiéndose a una negación precoz y fundamental, la negación de la carencia de objeto»¹⁹.

El toxicómano niega la carencia de objeto. Mediante una suerte de simulacro reemplaza de manera regresiva al objeto perdido a través de un 'montaje biológico' al señalar que requiere del tóxico como un elemento necesario y vital. La relación de exclusividad que aquel establece con el tóxico como único objeto capaz de causarle placer revela que este no tolera la falta, revela que el objeto para él no se perdió. «Pero esta negación de la carencia la paga con lo insoportable que es la carencia de la carencia»²⁰. Por ende, que las toxicomanías sean reemplazo de una actividad autoerótica se comprende en tanto los tóxicos vienen imaginariamente a sustituir lo perdido. Autoerotismo que actúa en la aurora psíquica como resistencia a reco-

18 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 55.

19 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 55.

20 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 55.

nocer la pérdida de algo fundamental, negativa que luego se presenta situando a las drogas como objeto necesario e insustituible.

4.- Sin embargo, el status en que sitúa a las drogas lleva a una aporía al toxicómano, pues el objeto que encuentra y que señala necesario no le satisface plenamente, lo que le induce a reiterar la búsqueda incesantemente. «Entonces no puede actuar sino un reencuentro fallido con un objeto que está allí y que no solamente no sirve, sino cuya presencia misma hace que todo duelo sea imposible, y el placer, inaccesible»²¹

De tal modo el toxicómano es un sujeto ceñido a la necesidad de la ley, no puede obrar de otro modo, no sustituye, no hace metáfora de la pérdida. La pretensión de exención de carencia que revela el vínculo que establece el toxicómano a través de las drogas -estas como objeto exclusivo-, oculta lo de excluyente que esta operación contiene.

Nos referimos con esto a lo que opera como fondo en las relaciones que puede establecer el toxicómano. Esto es, no depender de un otro, ideal narcisista de autonomía en el goce, que remite a su vez al autoerotismo que ya tematizamos. El toxicómano pretende de este modo eximirse de la carencia que supone amar, en tanto amar implica ligarse con otro reconociendo la falta en sí, tal como lo plantea J. Lacan: 'Amar es dar lo que no se tiene'. La negativa de incompletud que caracteriza al toxicómano subrepticamente pretende la exención de vínculos que supongan carencia.

De este modo llegamos a un punto central dentro de la reflexión de lo que constituye a las toxicomanías, esto es, la 'dependencia' de tóxicos encubre el deseo de independencia propio del toxicómano. Pero independencia que no es más que un montaje, pues oculta el temor de dejar de depender. Se esclarece de esta manera que el autoerotismo representaría el modo de defenderse en un periodo en que se ha puesto en juego el tránsito hacia la constitución subjetiva. Situación originaria del psiquismo indicativa del temor que ejerce lo exterior -lo otro- como fuente de dolor. «Para este aparato primitivo, la contraparte de la vivencia primaria de satisfacción no es otra que la vivencia de terror frente a algo exterior»²².

Entonces la relación de necesidad que establece el toxicómano con las drogas representaría una forma regresiva de satisfacción autoerótica. A través de aquello conquista placer de manera autónoma, y, de paso, un modo de fugarse de los peligros que representa lo otro-externo, esto mediante una suerte de cancelación tóxica del dolor que permite evitar el encuentro que supone lo externo. Los tóxicos posibilitan una especie de repliegue narcis-

21 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 56.

22 Freud Sigmund. (1989) «La Interpretación de los sueños». O.C. vol. IX. Buenos Aires. Amorrortu. pág. 141.

sista, correlato del deseo de autonomía que «... está en el origen del fantasma narcisista de autoengendramiento, como liberación de la subordinación original (y en reacción defensiva contra ella) o bien como relación fusional que debe asegurar la permanencia del sistema protector»²³.

5.- Por tanto, la práctica toxicomaniaca lejos de aparecer como un acto autodestructivo se presenta como un acto conservador, en tanto protector, dado el repliegue sobre sí que pretende. «... los discursos sobre la toxicomanía presentan a esta como una autodestrucción, vemos surgir la perspectiva de una operación esencialmente conservadora que protege a una forma de narcisismo»²⁴.

Señalamos que se trata de un acto conservador pues el acto autoerótico representa cierto repliegue respecto de lo externo «encontrándose así al abrigo de todo obstáculo que pudiera introducir la realidad o el deseo del Otro»²⁵. Es posible comprender entonces a las toxicomanías como operaciones de resguardo en que lo que se busca es retornar a un tiempo en que rigió lo indiferenciado a través de actos autoeróticos. Esto permitiría cierto retorno ilusorio a momentos previos a la separación, lo que revela el deseo de suprimir las diferencias que suponen constituirse como sujeto y emerger a la sexualidad, en tanto aquello supone situarse en interdependencia con lo otro.

Subrepticamente el toxicómano pretende evitar intercambios con un otro mediante una operación de autosuficiencia de goce. Una suerte de orgasmo consigo mismo que descubre la bisexualidad que late en aquella operación narcisista. Un acto que más que bisexual revela desexualización en tanto supone transformar líbido de objeto en líbido narcisista. Mecanismo que evidencia la negativa a reconocer la pérdida del objeto y con ello la alteridad. Por lo mismo el problema que constituye al toxicómano se relaciona con «... ese tiempo anterior a la identidad sexual, el tiempo en que se constituyó la identidad subjetiva, la alteridad»²⁶.

Entonces la problemática referida remite a la transición hacia el status de sujeto. Momento de crisis para el niño pues implica la pérdida de su identidad primaria establecida sobre la base de la identificación primaria con la madre. La 'tarea' psíquica para el infante supone superar en el sentido de integrar esta doble pérdida lo que implicaría que se estructure una identidad psíquica y más tarde una identidad sexual. «Pero ese trabajo de elaboración del duelo requiere que el niño pueda operar de modo satisfactorio ese acto creador que es el mantenimiento del objeto que falta en el interior de sí»²⁷.

23 Rossolato Guy (1975). «El Narcisismo». Paris. Gallimard. pág. 36.

24 Le Poulichet Silvie. op. cit. pág. 59.

25 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 59.

26 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 59.

27 Vera Ocampo E. op. cit. pág. 60.

Lo señalado remite necesariamente al tiempo de constitución subjetiva que, como se sabe, surge como efecto de una ruptura. Corte que se produce en lo que se reconoce como 'alienación imaginaria' que se caracteriza como una especie de expulsión del ser, desde un sí mismo en ciernes para quedar preso de la propia imagen en el espejo, o, lo que es lo mismo, en el otro. «Desde el momento en que un 'yo' (Je) se esboza, queda sometido a los caracteres de exterioridad y de simetría invertida de la imagen»²⁸. Es decir, un sujeto se sabe tal en la medida que la alteridad le reconozca ese status. Por lo mismo la identificación con la imagen de sí mismo arranca desde cierta desposesión. A esto refiere la alienación simbólica constituyente del yo, lo que implicará quedar sujeto a los significantes que retornan de modo especular, es decir, «... es su propio mensaje lo que el sujeto recibirá del Otro bajo una forma invertida»²⁹.

Precisamente es la des-posesión de sí mismo la que el toxicómano niega a través de una operación tóxica. Pretende aún disponer del cuerpo (cuerpo sin mismidad subjetiva) lo que posibilitaría proporcionarle sin mediaciones (sin subjetividad) sus goces. Esto sería posible porque el cuerpo no se habría perdido, es decir, no habría sido atravesado por la mediación significativa del otro.

Imaginar el goce eludiendo el desvío hacia aquel que supone el significativo es la ilusión de autonomía que «... aquí se entiende como la ilusión de la condición de un yo que no estaría sujeto a una cadena temporal de las representaciones»³⁰.

6.- Como un modo que permite elucidar aún más la dinámica que estructura el acto toxicómano pensamos oportuno traer cierta relación posible de establecer entre suicidio y toxicomanías que plantea N. Braunstein

Al respecto aquel sostiene que distanciarse de un otro para alcanzar el goce no es privativo de las toxicomanías, estas tienen su analogía en el acto suicida. Al respecto apartarse de las demandas que el otro hace es lo que moviliza al suicida.

Este ocupa una fórmula radical de ruptura con el otro, porque indispuerto a conciliar deseos se borra como sujeto de la cadena significativa, generando paradójicamente el efecto contrario pues deja tras de sí una huella indeleble.

28 Lacan Jacques. (1975) «El estadio del espejo como formador de la función del yo». Escritos. Barcelona. Paidós. pág. 93.

29 Lacan Jacques. op. cit. pág. 97.

30 Perrella Enrique. (1989) «Droga, memoria, psicosis». Paris. Payot. pág. 112.

Con su apartamiento impugna al Otro y a su goce, cuestiona al otro por que insuficiente, lo tacha porque aquel no puede cerrar las grietas que indican la carencia en el Otro que se reflejan en sí mismo. Cierra las puertas radical y altaneramente al Otro impidiendo todo diálogo. Podría decirse que el suicida mata al Otro matándose a sí mismo. «Él no dice, sino que arroja su cadáver como palabra. Su tácita proposición: Aquí tienes mis restos es una determinación que lejos de brindar al Otro ese objeto que es el cuerpo como desecho, lo marca a ese Otro inscribiendo en él la cicatriz de su inconsistencia»³¹. De modo que el suicida al borrarse a sí mismo es al Otro a quien tarja, y niega de paso, la ley del intercambio y el concilio que ciñe al ser humano.

Siguiendo la analogía propuesta se podría sostener que el toxicómano se sitúa, tal como en el caso suicida, en un mismo orden de respuesta a lo que el Otro demanda. En el toxicómano la operación narcisista es el signo definitorio, o sea, replegarse para no caer en el espacio de las interlocuciones. Sólo que la soberbia anterior deviene acá humildad, el cierre de puertas altanero del suicida ahora no es más que un mero escurrirse. «Una diferencia salta al primer plano: es que no hay muerto sino un darse por muerto que no reivindica con orgulloso desdén al cuerpo, sino que lo degrada y lo muestra en la miseria de sus servidumbres»³².

No obstante, precisamente ese darse por muerto, es la vía directa al goce que sin altanería ocupa el toxicómano. Manera peculiar de contravenir la renuncia al goce que el Otro demanda. Y el placer que el toxicómano demanda no acepta diferición ni reemplazo de objeto, es goce químico o nada, por lo mismo no es objeto sexual sustitutivo, más bien sustituye a la sexualidad, pues expresa un modo de repliegue respecto de las constricciones relacionales que impone el Otro.

De ese modo deniega al Otro, de éste es de quien se refugia. Por lo mismo actúa una operación de repliegue narcisista que busca la autonomía en el goce. Busca un amor que no reclame, ni demande.

Braunstein recuerda que en las jornadas de Abril de 1975, Lacan formulaba que 'la dificultad para nosotros, hablantes, es sacar de la castración un goce'. Es decir, aceptar que estamos en falta, que la angustia que esto conlleva conduzca a invertir el cuerpo del Otro, que necesariamente simboliza la falta en el nuestro. Esto significa admitir la falta y desde allí hacer aflorar un goce.

De no admitirse la falta, o sea, la renuncia al goce necesario, bien pueden emerger las drogas como objeto privilegiado para cubrir el espacio que deja

31 Braunstein Nestor. (1989) «Goce». México. Siglo XXI. pág. 199.

32 Braunstein Nestor. op. cit. pág. 199.

tal inaceptación. Las drogas son «... la promesa de un paraíso donde el Otro es sustituido por un objeto sin deseos ni caprichos, un objeto que deja el único problema de procurárselo a modo de mercancía y que no traiciona»³³. Huida de la demanda, del deseo del Otro que pretende determinar los quicios posibles de goce. El fondo que determina es la eximición de las interlocuciones que suponen sujetarse a goznes que el toxicómano pretende eludir.

Pero bien, nos hemos ocupado extensamente del proceso de búsqueda de goce mediante un acto autoerótico. Proceso en que el Otro desfallece para dar paso a una ligazón exclusiva con un objeto que se representa como necesario. Al respecto hemos señalado que se trataría de una ‘operación de encubrimiento’ que en la medida que pase desapercibida permitirá que dicho montaje alcance su propósito. Es decir, alcanzar el goce sin verse atravesado por las redes del lenguaje.

Ahora bien, la concentración de las posibilidades de goce en un objeto ha posibilitado que no sólo el toxicómano llegue a creer que la causa de lo que le acontece tiene su punto de partida en las sustancias tóxicas, también los tratamientos que se llevan a efecto centran la mirada en la sustancia atribuyéndole poderosas facultades cuyos alcances llevan a un sujeto a ser dependiente de drogas.

33 Braunstein Nestor. op. cit. pág. 200.